

OPTANTES

In Luce Et Veritate

*Un solo tronco,
infinitas voces.*

La pluriformidad de la predicación

domin

“

La vida religiosa está en el corazón mismo de la Iglesia”, afirma la exhortación apostólica *Vita Consecrata* (n. 3) de san Juan Pablo II. En efecto, por medio de los distintos carismas que la conforman, fecunda al mundo y testimonia la presencia misma del Señor Jesús en la actualidad, vivificando así la misión de la Iglesia. Aquí se cumple lo que dice el santo Evangelio: “Permaneced en mí y yo en vosotros; lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid” (Jn 15,4).

En este sentido, la vida consagrada puede compararse con un árbol frondoso, cuyas ramas y hojas son diversas y únicas, sin que ninguna sea igual a otra; sin embargo, todas expresan una misma esencia, pues pertenecen al mismo árbol y nacen del mismo tronco: al estar unidas a la vid, su fruto es abundante.

En la pluriformidad de estas ramas, que representan los carismas de la vida religiosa, encontramos comunidades dedicadas a la educación, otras al cuidado de los ancianos y enfermos; algunas orientadas a la salvación de los hombres por medio de la oración contemplativa, y también estamos nosotros: la Orden de Santo

• nicana



Domingo de Guzmán, cuya misión es la predicación. Todos estos carismas han respondido generosamente a las necesidades de su tiempo y, a ejemplo de los apóstoles, continúan siendo testimonio de la resurrección de Cristo para el mundo de hoy.

Nuestro padre santo Domingo de Guzmán, al contemplar en Languedoc la oscuridad en la que permanecían muchas almas a causa de la herejía y el error, buscó su salvación por medio de la predicación de la verdad. A la manera de Jesucristo y de los apóstoles, Santo Domingo, viendo la necesidad de pastores que se dedicaran a la predicación, fundó una Orden consagrada a esta misión. Por ello nos llamamos Predicadores: porque hemos sido llamados a llevar la antorcha del Evangelio a todos los hombres, invitándolos a beber de la fuente misma, que es Jesucristo, el Camino, la Verdad y la Vida.

Sin embargo, el ejercicio de nuestra sagrada misión no es unívoco ni uniforme. Nuestra predicación no se reduce únicamente a palabras ni se expresa solo en púlpitos; tampoco se limita a nuestras obras educativas o a nuestros centros de misión y parroquias. La predicación debe ser la razón de nuestra vida, y nuestra vida debe traducirse en predicación. Así como el pájaro fue creado para volar, el dominico fue creado para predicar la verdad.





Por ello, no existe una única forma de predicar. Fray Angélico lo hizo a través del arte; santo Tomás de Aquino, mediante la enseñanza y la escritura; san Martín de Porres, a través de la caridad; y fray Bartolomé de las Casas proclamó la verdad defendiendo la dignidad de todos como hijos de Dios. ¿Qué tienen en común estos dominicos? Que, sintiéndose interpelados por el ideal de Domingo, ejercieron de manera apasionada y heroica la predicación, entregando generosamente sus talentos al servicio de la salvación.

Así como un río nace de una fuente, recorre diversos caminos y desemboca en el océano, la predicación dominicana nace de la fuente viva que es Cristo, adopta múltiples formas y toma distintos rumbos, pero toda ella confluye en la obra de la salvación de las almas.

Así mismo, en nuestra cotidianidad vivimos también el rezo coral, que es cautivador y profundo. En él descubrimos que el lenguaje musical puede ser también predicación. Las almas de quienes nos acompañan en nuestras celebraciones pueden sentirse llamadas a la conversión a través del canto que acompaña la acción litúrgica; pueden encontrar consuelo en medio de sus angustias y ver fortalecida su fe. ¿Quién no se ha sentido conmovido por las notas de una oración hecha canto? Así pues, la música se con-



vierte en una valiosa herramienta al servicio de nuestra predicación.

Sin importar la forma y el momento, estamos llamados a predicar. Esa debe ser nuestra mayor aspiración y nuestra más alta ocupación: para ello oramos, estudiamos y vivimos. Nuestro carisma nos impulsa a poner toda nuestra vida al servicio de la obra de la salvación, ofreciendo nuestros dones y talentos. De este modo, la predicación dominicana sigue respondiendo a las necesidades de nuestro tiempo, encendiendo la llama del amor de Dios en los corazones de quienes se encuentran sedientos de la verdad.



*Fray Johan Sebastian
Cañón Vargas, O.P.*